

8. Daniel Villafuerte y María del Carmen Aguilar, "Los Altos de Chiapas en el contexto del neoliberalismo. Causas y razones del conflicto indígena", en: Silvia Soriano H. (comp.) 1994, pp. 83-119; Juan González E. y Elizabeth Pólito, "Notas para comprender el origen de la rebelión zapatista", en: Espresate, *op. cit.*, pp. 101-123.
9. Juan González E. y Elizabeth Pólito, *Ibid.*, p. 101-102.
10. Lorenzo Meyer, "Presentación" en el libro de Thomas Benjamín, 1995, p. 17.
11. Xóchitl Leyva, "Militancia política religiosa e identidad en la Lacandona", 1995, p. 67.
12. Andrés Fábregas, "Los pueblos de Chiapas", en: María Luisa Armendáriz (comp.), *op. cit.*, pp. 172-197.
13. Leyva, *op. cit.*, p. 64; Benjamín, 1995, p. 263.
14. Gabriel Ascencio y Xóchitl Leyva, "Los municipios de la selva chiapaneca. Colonización y dinámica agropecuaria", 1992; Xóchitl Leyva, "Hacia el Ahlan K`inal", en: María Luisa Armendáriz (comp.), *op. cit.*, pp. 227-245.
15. Carlos Tello, 1995, p. 105.
16. *Ibid.*, pp. 93 y 102.
17. Xóchitl Leyva, 1995, pp. 82-83.

DE LA TORRE, Renée, *Los hijos de la luz. Discurso, identidad y poder en La Luz del Mundo*, pref. de Guillermo de la Peña, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente, 1995, 320 p., fotos, mapas y cuadros.

Un dios, reflexioné, sólo debe decir una palabra y en esa palabra la plenitud. Ninguna voz articulada por él puede ser inferior al universo o menos que la suma del tiempo. Sombras o simulacros de esa voz que equivale a un lenguaje y a cuanto puede comprender un lenguaje son las ambiciosas y pobres voces humanas, *todo, mundo, universo.*"

Jorge Luis Borges, *La escritura del Dios.*

En los últimos años, lo que para la Iglesia católica se ha convertido en motivo de alarma, para los estudiosos de las llamadas ciencias sociales ha sido una rica fuente de aplicación metodológica: nos referimos a las sectas o “religiones minoritarias”. En el mejor de los casos se pueden plantear como iglesias nuevas, cristianas las más, cuyo crecimiento no encuentra explicaciones satisfactorias en el mero descrédito o falta de efectividad pastoral del catolicismo. La obra que nos ocupa confirma lo anterior. Avalada desde el prefacio por Guillermo de la Peña, y desde la contraportada por el propagandístico discurso de dos premios obtenidos, *Los hijos de la Luz* está pronta a convertirse en obra pionera en México, dada la novedosa aplicación del análisis discursivo, combinación entre otras cosas de la teoría de la comunicación con la sociología de la cultura, o si se prefiere, de la semiótica con la antropología cultural.<sup>1</sup>

Asumido dicho carácter pionero, De la Torre habrá de correr los riesgos de aplicar sus propuestas a grupos diferentes a La Luz del Mundo para corroborar las bonanzas de su método. Digo lo anterior movido por la duda que me provocó la lectura en cuanto a la identificación del objeto de estudio, pues al final no pude determinar si el libro tenía por objeto la comprensión del fenómeno socioreligioso llamado La Luz del Mundo, o si en realidad este grupo fue un pretexto de investigación para desarrollar un nuevo modelo de análisis teórico que posibilitara la aprehensión de una realidad por medio del discurso. Ninguna de las dos alternativas expuestas va en detrimento de tan laureada obra. Sólo quiero plantearlo como una puerta de entrada. Es evidente que De la Torre construye metodológicamente su objeto, y que la elección del estudio de caso estuvo en función de encontrar un campo institucional adecuado para el análisis de las relaciones discursivas, todo lo cual es válido, más no por ello obvio, pues debemos estar atentos a la elaboración del discurso teórico académico que la autora fabrica para explicar, a su vez, las mediaciones discursivas al interior de La Luz del Mundo. En este punto creo que la obra será un rico motivo de discusión más allá de lo meramente epistemológico.

Si el lector o los miembros de La Luz del Mundo esperaban el análisis del fenómeno religioso en función de la experiencia espiritual, individual o colectiva, en una comunidad de creyentes; o bien el estudio fenomenológico de una religión naciente en términos de una fe renovada que mueve a los individuos a la devoción frente a un mundo de

pecado, dudo mucho que lo encuentren, en esta obra, como expresiones divorciadas del discurso institucional y hegemónico. Es por ello que el lector deberá atender a la oferta que se hace desde el subtítulo: discurso, identidad y poder. La religiosidad y sus reductos serán dentro del modelo propuesto meras orientaciones subjetivas del discurso, el cual se legitima y autoriza desde los miembros o individuos.

No es gratuito que en los prolegómenos el doctor De la Peña diga que esta obra nos devuelve “[...] la dimensión durkheimiana del estudio de la religión, nos recuerda la necesidad de ver en el fenómeno religioso el vehículo de los valores sociales y la argumentación que hace posible el poder” (p. 13). De hecho, la misma autora maneja un concepto base de religión: sistema de control social que “[...] sanciona e impone los límites de los procesos comunicativos; designa el acceso diferencial a los ‘secretos de salvación’; construye jerárquicamente la distribución de competencias de producción, circulación y reconocimiento del discurso autorizado según el *status* y los roles institucionalmente asignados a los actores involucrados” (p. 36). Habrá que preguntar a la autora si la construcción teórica de una institución total, en este caso *La Luz del Mundo*, tiene algo que ver con la llamada “conciencia colectiva” planteada por Durkheim, esa especie de psique que trasciende las voluntades individuales y que abarca toda la realidad conocida, a la vez que cristaliza en ideas comunicables: una especie de individualidad colectiva. De ser así, el discurso hegemónico dará la impresión de un “algo” retroalimentable y de difícil destrucción.

Más allá de los embragues y desembragues de mis observaciones (p. 105), debo decir que el interés de la autora por el estudio de la comunicación, o quizá su formación académica de origen (licenciada y maestra en ciencias de la comunicación) la llevaron a experimentar con una nueva propuesta, combinación del quehacer antropológico y etnográfico con la semiótica: la sociosemiótica de la comunicación. Lo anterior, en primera instancia, se podría definir con palabras de la propia autora como “[...] el estudio de los procesos y prácticas de comunicación enmarcados en contextos institucionales de interacción social [...]” (p. 15) Pero además, la autora pretendió desentrañar la importancia de los procesos de comunicación en la construcción de una realidad socio-religiosa: desde las condiciones sociales de la producción del saber legítimo (institucional) hasta la creación y preservación de una realidad

religiosa concreta (La Luz del Mundo), pasando por el intrincado proceso por el cual una verdad construida adquiere orientación subjetiva y se convierte en creencia. Es decir, el tránsito recíproco entre representaciones subjetivas y las estructuras sociales objetivas en que se traducen aquellas.

El tema privilegiado por la autora para lograr su objetivo es el discurso o las mediaciones discursivas. Así, el discurso es definido, principalmente, como un sistema de significación que se objetiva en la puesta en común de significados socialmente construidos. Con ello trasciende el concepto de comunicación entendido como el vínculo entre lo material y lo simbólico, o como el acto mismo de la expresión. Le interesan las prácticas sociales en su dimensión cultural, es decir, “[...] los elementos que dotan de sentido social a la acción [...]” (p. 28). De ahí que, para la autora, la producción simbólica de un grupo social encuentre en el discurso su más segura vía de acceso. Es por ello que De la Torre buscó, en la construcción misma de sus herramientas, un concepto de discurso lo suficientemente amplio para sus objetivos, a saber: “[...] sistema de contratos sociales previamente establecidos que permiten vincular la expresión (unidades sensibles que el lenguaje utiliza para manifestarse) con los contenidos (ideas y relatos que cada cultura ordena para pensar el mundo) en correlación con dos planos inseparables: sustancia (el componente sónico) y forma (el componente material)” (p. 29, nota 3).

Para navegar con éxito por las páginas del libro, esto es, entender el discurso como producción de significados que se autorizan y legitiman en un grupo social (La Luz del Mundo), se deberán tomar en cuenta los dos tipos de análisis que hace la autora y que están relacionados con el proceso de la comunicación:

El primero consta de tres fases: a) las condiciones de producción del discurso, b) las condiciones de su circulación, y c) las condiciones de apropiación o recepción. Dicho análisis estará presente a través de todo el libro.

El segundo tipo de análisis aborda el discurso en tres niveles metodológicos: a) discurso institucional frente al campo religioso (hacia el exterior), b) el discurso y la organización social del grupo socioreligioso escogido (hacia el interior), y c) el discurso frente a la vida cotidiana de los individuos que conforman el grupo en cuestión. Estos tres

niveles de producción simbólica son los que le dan cuerpo al texto y marcan su estructura y apartados temáticos; son además la fuente directa para la comprensión del subtítulo del libro.

Así, la estructura de la obra la forman una introducción, nueve capítulos distribuidos en cuatro grandes apartados, conclusiones generales, bibliografía y un anexo documental.

La mitad de la primera parte (capítulo 1) se refiere a la definición del objeto de estudio, y a ella corresponden los comentarios iniciales de esta reseña. Cabe agregar que en este apartado la autora describe las estrategias que utilizó en su investigación para acceder a la información que necesitaba sobre La Luz del Mundo: por un lado el análisis del discurso (a partir de un *corpus* textual diverso, generado casi todo por la institución y que incluyó mensajes emitidos en “situación ritual”), por el otro la observación y el análisis etnográfico a partir del trabajo de campo (principalmente la obtención de datos por encuentro espontáneo, “clandestinidad aparente” y observación participante). Lo anterior resulta de interés, pues la autora da testimonio de los obstáculos que representó indagar en una comunidad que se encuentra a la defensiva. Apunta además que “[...] Es difícil echar una mirada al mundo de las complicidades, a los espacios de la vida privada donde lo reglamentado se relaja o hasta se infringe [...]” (p. 50) Es por ello que las historias de vida a las que tuvo acceso De la Torre fueron testimonios de conversión que, como ella reconoce, son un tipo de discurso proselitista (p. 50). Yo me pregunto ¿es confiable dicha información? ¿es suficiente para ver, dentro de la reconstrucción etnográfica que se pretende, cómo los sujetos recrean los recursos institucionales en el espacio de la vida cotidiana?<sup>2</sup> Sobre todo ante la dificultad del estudioso para compartir lo íntimo cotidiano.

En la otra mitad de esta primera parte (capítulo 2), la autora reconstruyó la historia de La Luz del Mundo. Esto implicó serias dificultades, sobre todo si consideramos que dicha Iglesia carece de textos que narren su desarrollo.<sup>3</sup> Basada en fuentes hemerográficas, testimonios directos, textos y estudios previos (como el de Patricia Fortuny), De la Torre propone una historia que va desde el nacimiento de Eusebio Joaquín González (Aarón) hasta la continuación de “la obra de Dios” por su hijo Samuel. Entre la vida de ambos líderes corren los episodios fundamentales de La Luz del Mundo (la historia mítica, las primeras

conversiones, la institucionalización, la creación de la Hermosa Provincia en Guadalajara, la muerte del fundador, la sucesión del liderazgo y la apertura de la Iglesia hacia el exterior). En este proceso la autora hace hincapié en el surgimiento de un discurso institucional que comenzó a regular la vida en comunidad de los habitantes de la Hermosa Provincia. Además, los elementos propios de la historia de La Luz del Mundo son paulatinamente utilizados para reforzar los fundamentos de esta Iglesia y sus modos de organizarse. Es decir, existe una objetivación del relato histórico, mismo que se asume desde el nivel institucional hasta las actitudes individuales: esto permite que la vida sea articulada desde lo religioso, pero además, que la vida de esta comunidad religiosa contenga un proyecto social, económico y político justificado por una historia que así lo establece. Con estas referencias la autora da razón de los factores que hicieron posible el éxito de la Hermosa Provincia: desde la caracterización de sus habitantes como elementos marginados, hasta las alianzas de los líderes de La Luz del Mundo con el PRI y los gobiernos estatales de Jalisco a cambio de apoyos concretos. La conquista de un espacio urbano y su ordenamiento simbólico en función de lugares sacros (como el majestuoso templo o el Huerto de Getsemaní con la tumba del apóstol Aarón) son para la comunidad el texto más representativo del triunfo de su Iglesia.

En la segunda parte, De la Torre aborda el primer nivel de producción simbólica, el interinstitucional: es decir, el discurso frente al campo religioso. A lo largo de tres capítulos, la autora se propone mostrar cómo La Luz del Mundo se construyó como entidad colectiva al delimitarse frente a otros grupos religiosos. Principalmente intenta mostrar el proceso por el cual esta Iglesia entró a la disputa por el mercado de bienes simbólicos, en medio de un campo religioso dominado por la Iglesia católica. Pero no sólo eso, sino que también se muestra la disputa por la identidad nacional a través de la apropiación de valores y símbolos patrios. Después de sintetizar la historia de los grupos protestantes en México, así como las constantes acciones de la Iglesia católica frente a la proliferación de grupos pentecostales, la autora utiliza documentos y estudios realizados por las jerarquías de la Iglesia romana para estudiar las estrategias argumentativas que dicha institución adopta para definir a los nuevos movimientos religiosos.

Acorralado el objetivo, De la Torre puede abordar el discurso institucional de La Luz del Mundo frente a sus opositores católicos. La base de su análisis será un documento intitulado “Buenos cristianos para el mundo, pero también buenos ciudadanos para nuestra patria: Aarón Joaquín”, aparecido en *Excelsior* en 1987.<sup>4</sup> Dicho texto marcó el enfrentamiento público de La Luz del Mundo con la Iglesia católica. La autora realiza el análisis argumentativo de los documentos generados a partir de ese momento, y muestra las estrategias y recursos discursivos para argumentar y contrargumentar que adoptaron las instituciones en disputa. Así, los elementos detectados por De la Torre muestran, mediante el análisis sintagmático y paradigmático de ambos discursos, cómo La Luz del Mundo salió fortalecida en su debate por los valores nacionales, no sólo por la construcción simbólica del enemigo llamado Iglesia católica, sino también por la apropiación simbólica del “pueblo mexicano” y la versión histórica del Estado. De esta forma, La Luz del Mundo ingresó a la lucha discursiva del campo religioso. En el último capítulo<sup>5</sup> de esta segunda parte De la Torre aborda el nacionalismo a través del discurso de La Luz del Mundo. Lo anterior parece fácil, más no es así; baste mencionar que esta Iglesia pretende consolidar un proyecto de unidad universal mediante la unificación de códigos éticos y estéticos. En este proceso se ven involucrados tres niveles de pertenencia comunitaria, (Iglesia patriota y orgullosamente mexicana, de espíritu israelita al ser continuadores del pueblo escogido, y una especie de nacionalidad abstracto-universal que rebasa cualquier frontera), mismos que se articulan en un discurso hegemónico.

El libro en su tercera parte aborda, a lo largo de dos capítulos,<sup>6</sup> lo que para la autora es el segundo nivel de producción simbólica, el de la organización interna: es decir, el discurso frente a la organización social. La intención es mostrar cómo para el poder no basta ejercer el control y manipular los procesos de producción del discurso social, sino que requiere de “[...] la legitimación y la plausibilidad de un *alter*” (p. 158). La dominación se considera como algo plausible para la comunidad, pero además, la dominación reproduce sus esquemas desde la base de los dominados, lo cual se traduce en el fortalecimiento del orden social. Lo anterior es posible gracias a la articulación del discurso con las prácticas religiosas que promueven los ministerios (las jerarquías internas de la Iglesia misma). Es por ello que la autora guía su análisis

del discurso en función de las tres modalidades del poder planteadas por Giménez: dominación, autoridad y dirección, y por si fuera poco, utiliza el concepto de hegemonía desarrollado por Gramsci para establecer que en *La Luz del Mundo* un grupo minoritario ejerce el control sobre la producción, distribución y uso de los componentes materiales y simbólicos que encierra el discurso. En esta medida, el discurso hegemónico incorpora desde las necesidades propias de la vida cotidiana hasta las utopías y sueños de los miembros de la Iglesia.

La autora analiza las condiciones en que se produce el discurso al interior de *La Luz del Mundo*, así como las situaciones en que se reciben los mensajes, pero además, descubre que el discurso es una estrategia orientada al logro de la persuasión (hacer creer como real y verdadero lo que se dice). De esta forma De la Torre explica por qué el mensaje de la autoridad es percibido por sus destinatarios como reflejo de un orden divino. Con ello, el discurso es visto como producto a la vez que productor de formas de control social y relaciones de poder. Así las cosas, la idea del panóptico no basta para explicar la adhesión voluntaria a un control social con tintes de coercitivo; por ello, la autora definió a *La Luz del Mundo* como una “institución total”, compuesta por una estructura piramidal objetivada a través de los ministerios

[...] nos encontramos con una organización social que conjuga estrategias coercitivas de poder (como es la normatividad excesiva y sus dispositivos de vigilancia); con procesos de legitimación, sustentados en una estructura religiosa de creencias compartidas; y una oferta de vida comunitaria que permite la socialización y rutinización de prácticas, a partir de las cuales los creyentes se identifican entre sí como una comunidad que comparte valores y representaciones comunes” (pp. 178-179).

En el capítulo 7, De la Torre analiza el discurso ahora por medio del ritual. Aplica, sobre todo, la propuesta del mercado lingüístico de Bourdieu.<sup>7</sup> Con ello pretende enmarcar el discurso ritual en sus tres modalidades: la política, la social y la económica. Pero además, el análisis de la práctica discursiva en situación (observación de los usos del habla en el ritual) le abrió a la autora la oportunidad de establecer que en *La Luz del Mundo* el ritual, religioso o profano, “[...] siempre está encaminado a la elevación del *status* de la estructura jerárquica de la Iglesia [...]”



(p. 211). No es gratuito que religiosamente el principal ritual comunitario sea la Santa Cena, la cual se celebra cada 14 de agosto, día del onomástico de Aarón (el fundador), y que la principal festividad “profana” sea el 14 de febrero, cumpleaños de Samuel (sucesor e hijo de Aarón), misma fecha del aniversario de la ciudad de Guadalajara.

Llegamos así a la cuarta y última parte del libro, en donde se trata el tercer nivel de producción simbólica: el del discurso frente a la vida cotidiana. El objetivo de la autora es entender la forma en que los individuos, en su vida diaria, construyen el significado de su pertenencia a La Luz del Mundo. Para De la Torre lo cotidiano será el “[...] espacio simbólico y social donde se tejen las particularidades individuales con las predisposiciones culturales y sociales” (p. 217). Por tanto, esta parte aterriza la efectividad de la institución total a través de las conductas ejercidas en el ámbito privado. La puerta de entrada serán las historias de conversión, tema del capítulo 8.

Un elemento principal dentro de la conversión de un individuo es el cambio de identidad personal, definida como el ingreso a un nuevo grupo de referencia, lo cual implica, además de las expectativas para la salvación, la adopción de valores y prácticas nuevas. Sin embargo, para la autora no bastan estos elementos comunes a la conversión religiosa. Para ella, la clave para entender la conversión individual será la forma en que cada sujeto, dentro de su historia, jerarquiza sus motivos: desde la satisfacción de carencias y necesidades hasta la búsqueda de protección. O bien desde la oferta de una integración socioeconómica a la ciudad por medio de la pertenencia a un grupo, hasta la búsqueda de la ortodoxia espiritual basada en la Biblia. Así, De la Torre escogió cinco de las quince historias de vida a las que tuvo acceso. Por ese medio encuentra lo que denominó “Cinco recetas para acceder a la salvación”. Cuatro casos corresponden a “conversos” y una, que me parece interesante, a un matrimonio mixto (mujer católica-hombre de La Luz del Mundo).

Casos como este último dan la pauta para saber las estrategias que adopta la Iglesia frente a situaciones anómalas, pero además, los miembros no conversos pueden marcar una entrada diferente al entendimiento del problema; es decir, individuos nacidos y educados bajo el credo de La Luz del Mundo, carentes de la experiencia de conversión y por lo tanto del cambio de identidad planteado, y con una historia de

vida en la cual no existe el “antes” y el “después” que los otros casos exponen. Yo me pregunto cómo será el sentimiento de culpa de un no converso, en medio de tanta oferta de tentaciones, si no tiene en su vida un referente que le recuerde su transición de, por ejemplo, caos al orden, desprotección-protección, desarraigo-arraigo, pecado-virtud, perdición-salvación, heterogeneidad-identidad. ¿Será menor su deuda social para con Dios y La Luz del Mundo en relación directa con un converso? ¿Los matrimonios mixtos son excepcionales? Los no conversos, al carecer del refuerzo de la conversión, y al ser miembros de las nuevas generaciones de La Luz del Mundo ¿serán la variable que rompa el modelo hegemónico de institución total planteado por De la Torre? ¿Será tan total la institución o estamos ante brotes de heterodoxia al seno de una iglesia fundamentalista?

En el último capítulo, el 9, queda redondeada la reconstrucción etnográfica de la Hermosa Provincia. Se tratan las fronteras entre la vida pública y la privada. Aquí la autora plantea que “[...] la vida diaria es mucho más rica que el discurso y que el marco normativo institucional [...]” (p. 253), por ello la necesidad de penetrar la intimidad familiar. Esta es la parte que, en mi opinión, no llega al fondo del asunto, pues los aspectos reconstruidos por De la Torre, a saber: familia, sexualidad, noviazgo, trabajo, tiempo libre, educación, salud y vestido, nos remiten en muchos sentidos a lo que sucede en función de las normas impuestas por La Luz del Mundo.<sup>8</sup> Por ejemplo: para la institución, la sexualidad es la máxima manifestación de los deseos carnales, opuesta al desarrollo espiritual del hombre, por ello la virginidad y el matrimonio serán pruebas de virtud para la mujer: se les inculca a las muchachas la idea del pecado carnal como un peligro constante y presente. Los jóvenes (hombres y mujeres), por lo tanto, desarrollan comportamientos sobre la virginidad y la edad adecuada para contraer matrimonio, pues existen duros castigos y estigmatizaciones para quienes saltan la norma establecida. De la Torre logra captar lo que las jovencitas piensan y desarrollan como correcto o adecuado, pero falta mucho sobre lo que las jovencitas hacen. Lo mismo se aplica para los hombres. De ahí que la vida privada, independientemente de que los miembros de La Luz del Mundo se consideren observados por el ojo censor de Samuel deberá arrojar mucha información sobre los odios, los vínculos, las preferencias, las relajaciones, los moralismos y otras muchas “trivialidades”

importantes que nos ayuden al aterrizaje de una religión en voluntades concretas. De cualquier manera, De la Torre nos da una reconstrucción etnográfica de mucho mérito, que necesariamente será la fuente para estudios subsecuentes.

Así las cosas, en las conclusiones podemos ver la fuerza y las posibilidades del discurso a través del análisis de los referentes simbólicos. Nos queda la sensación, efectivamente, de que la realidad es atravesada por múltiples discursos, y que La Luz del Mundo, entendida como institución total y hegemónica, “[...] puede ser vivida y representada positivamente por sus miembros siempre y cuando se ajuste a las demandas mismas de los conversos [...]” (p. 287). El poder se legitima, entonces, desde quienes lo padecen y autorizan, (o lo necesitan). El corolario de la obra es el resumen de su modelo explicativo a través de un cuadro que invita a la discusión.

Muchas cosas más podríamos agregar, discutir u objetar, pero quedaría rebasada la intención de esta reseña. Agregaré que el texto cumple con lo que ofrece, además de otros méritos que el lector podrá encontrar. Así, sólo nos faltará la opinión de quienes han visto traducida su cosmovisión a un lenguaje teórico, de aquellos que creen ser parte del único plan divino de salvación y que nunca imaginaron vivir al interior de una institución total: me refiero, por supuesto, a Los hijos de la Luz.

Juan Carlos Ruiz Guadalajara  
*El Colegio de Michoacán*

### *Notas*

1. Todo el entramado metodológico de la propuesta de la autora reconoce deudas, entre otros, con Julien Greimas, Jean Marie Floch, Pierre Bourdieu, Peter Berger, Norbert Lechner, Fernando González, Anthony Giddens, Jürgen Habermas, Michel Foucault, Max Weber, Emile Durkheim, Humberto Eco, Clifford Geertz, Edmond Marc, Dominique Picard, Martín Barbero, Luis Villoro y Víctor Turner.
2. En la página 48 la autora refiere que para los capítulos sobre vida cotidiana y conversión realizó 15 historias de vida por medio de entrevistas: siete entre hombres y ocho entre mujeres.

3. Llama sobremanera la atención que en medio de un discurso hegemónico esta Iglesia no cuente con un texto oficial sobre su historia.
4. Este documento forma el anexo del libro.
5. En este capítulo quinto la autora reconoce su deuda con Patricia Fortuny, con quien realizó una primera versión en coautoría.
6. Ambos capítulos son una versión ampliada de un artículo que De la Torre publicó bajo el título de "Al que no habla Dios no lo oye. Al que Dios no oye, no habla. Orden social y discurso hegemónico en La Luz del Mundo", en Roth Seneff, Andrew y José Lameiras (eds.), *El Verbo Oficial: política moderna en dos campos periféricos del Estado mexicano*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ITESO, 1994, pp. 147-179.
7. Se trata de la teoría económica de los intercambios simbólicos. Es importante señalar que gran parte de la obra reseñada utiliza este tipo de lenguaje mercadotécnico aplicado a los intercambios simbólicos y lingüísticos. Se trata de una ley de oferta y demanda. De Bourdieu toma la autora, también, el concepto de *habitus*.
8. Recordemos que la autora expresó en las páginas iniciales las dificultades que encaró para realizar observación participante.